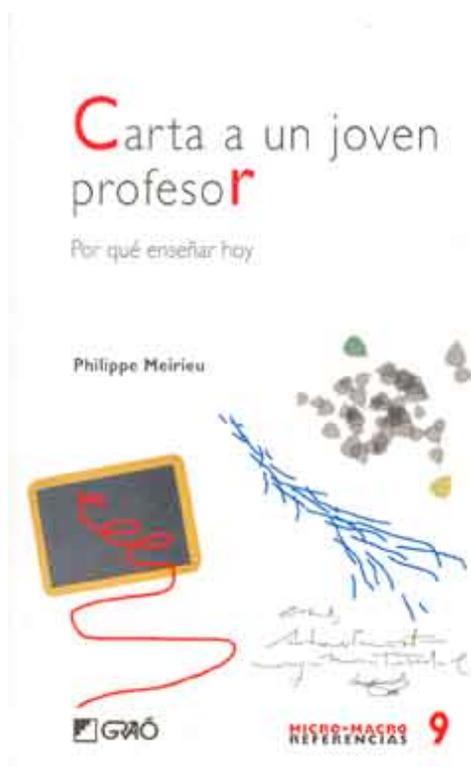


Meirieu, Philippe (2006) *Carta a un joven profesor. Por qué enseñar hoy.* Barcelona (España): Graó (4ª reimpresión, 2009). Título original: *Lettre à un jeune professeur* (2005). (Traducción de Núria Riambau)

128 páginas

ISBN: 978-84-7827-454-3

Reseñado por Juan Ramón Jiménez Vicioso
Universidad de Huelva



Los debates educativos se encuentran, en numerosas ocasiones, presididos por posiciones enconadas que presentan las diferentes posiciones como antinomias en las que necesariamente hay que decantarse por un extremo o el otro. Así, por citar un par de ejemplos, encontramos que cuando se discute sobre la figura del profesorado se enfatiza el carácter vocacional frente a la profesionalización de la carrera docente, o cuando se destaca la importancia de abordar educativamente la motivación y las actitudes, hay quienes lo ven como un enfoque opuesto al desarrollo de los contenidos y a la adquisición de aprendizajes “serios”. Philippe Meirieu, autor con una dilatada y rica carrera docente trata en su *Carta a un joven profesor* de conciliar estos extremos y ofrecernos una serie de reflexiones de gran riqueza pedagógica, especialmente dirigidas a aquellos y aquellas que se inician en su empeño como maestros y maestras.

El primero de los dilemas que trata de desbaratar Meirieu es el que sugiere la necesaria elección entre el “amor a los alumnos” y “el amor al saber”, que refleja una histórica tradición que sitúa a los maestros de Educación Infantil y Primaria en el polo “centrado en el niño”, en tanto que en la Educación Secundaria Obligatoria se enfatiza en la importancia de los conocimientos. Esta escisión constituye una falacia, ya que...

...No importa dónde enseñéis y cuál sea vuestro público, *siempre enseñáis algo a alguien*. No hay ningún profesor que no enseñe nada. No hay ningún profesor que no enseñe a alguien. Todo profesor trabaja con esta difícil asociación entre objetos de saber e individuos que deben asimilarlos. Es por ello que un profesor no es un “simple” erudito ni un “simple” psicólogo. Tampoco es una “simple” yuxtaposición de uno y otro. Es otra cosa. O mejor dicho, otro. Alguien que tiene un proyecto propio... Y es por eso que, en el sentido más intenso de la expresión: “¡es alguien!” (Págs. 28 y 29)

Otra contradicción, al menos aparente, es la que se vive en el interior de cada profesor y profesora y que consiste en el enorme contraste entre su posición de “antiguo alumno”, caracterizada por el amor a los aprendizajes escolares y a la escuela misma, y el actual panorama del alumnado, muy poco motivado por todo cuanto suponga academicismo. No es tarea fácil transportar al nuevo escenario y al nuevo público aquello que tanto nos gustó durante nuestra infancia, y hacer “el préstamo de ilusión” por aprender al que se refería Bruner a los niños y adolescentes posmodernos. La “fiesta del saber” de la pretérita escuela está, ahora, en otra parte e incluso, para gran parte de nuestros alumnos y alumnas, la verdadera fiesta está cuando no hay escuela. Aceptar esta nueva realidad, pero manteniendo el objetivo último de la enseñanza (“la celebración del conocimiento”) es el principal reto que tienen que asumir las jóvenes generaciones de docentes. Y en esta transformación interior, las administraciones y burocracias del sistema educativo no suelen ser de gran ayuda, por cuanto se encuentran sumamente apartadas al día a día de la vida escolar.

La conciliación entre las presiones sociales que sufre la escuela y la autonomía de la que, necesariamente, tiene que gozar cualquier proyecto pedagógico es otra de las contradicciones que pretende abordar Meireu, ya que, al igual que en España, en la Francia de este autor

Desde hace cincuenta años como si de un verdadero edificio barroco se tratara, nuestra escuela, por iniciativa de los sucesivos ministros, no termina nunca de añadir disposiciones nuevas, de modificar y rebautizar sin cesar dispositivos nuevos, de cubrir la arquitectura inicial con normativas e instrucciones de todo tipo. (Págs. 45 y 46).

La enorme distancia entre la burocracia escolar –ministerios, consejerías, inspección educativa, directivos de los centros- es en ocasiones de tal calibre que no repara en la complejidad que llevaría aplicar todas sus propuestas y disposiciones. Términos tales como inclusión, atención a la diversidad, tratamiento individualizado, evaluación permanente o enfoque multicultural conllevan numerosas tareas para las cuales apenas disponemos de medios, tiempo o formación, de tal suerte que...

... Nuestros sistemas institucionales de ayuda a los alumnos vienen a engrosar como excrescencias nuestras clases habituales en lugar de ayudarnos a replantearlas. (Pág. 53).

Frente a esta situación, en *Carta a un joven profesor*, se propone trabajar menos desde fuera de las aulas y más desde dentro, devolviendo el protagonismo al profesorado, ayudando a los chicos y chicas a través de sus maestros. En opinión del autor, se debería *pedagogizar* más las organizaciones, en vez de organizar la pedagogía.

En la *Carta a un joven profesor* también se trata un tema de candente actualidad: la calidad de la enseñanza. La presión que sufren las escuelas e institutos por mejorar su “eficiencia”, por adquirir resultados tangibles y por mejorar en los escalafones de los sistemas educativos de los países desarrollados, parece ser común (como se puede observar con el enorme revuelo cada vez que aparece el controvertido informe PISA). Es lícita esta preocupación de los gestores del dinero público por los resultados, pero en ocasiones se manifiesta como una presión a la actividad de los docentes. Para Meireu,

... nuestro horizonte profesional no es el de la rentabilidad económica de los modelos liberales. Esto no debe ser, para nosotros, motivo de orgullo ni de vergüenza. Es así. Enseñamos haciendo lo mejor que podemos, en el seno de los dispositivos institucionales que se nos proponen, poniendo en marcha gestiones didácticas que intentamos elaborar lo menos mal posible... (Pág. 65).

Pero el no someterse a una programación externa de resultados inmediatos a corto plazo no significa que dimitamos de nuestra responsabilidad. Muy al contrario, para este autor la exigencia –con su propio trabajo y con el del alumno- hay que situarla en el centro de la pedagogía. Exigencia en el esfuerzo, en el intento por un trabajo bien hecho, en el respeto a los compañeros y compañeras, en el interés por la tarea. Exigencia que, por otra parte, no debe ser concebida como actitud opuesta al interés y a la motivación, sino más bien al contrario. Exigencia como generadora del interés.

Por último, no podemos dejar de mencionar otro de los dilemas –falso dilema- que suele estar muy presente en nuestros debates: el que enfrenta “la disciplina” con “las disciplinas”, es decir, la dinámica social del aula que hace posible la enseñanza con el contenido de esta. Para el profesor Meireu, oponer ambos propósitos es erróneo, porque...

...Es pues en la profundización de la disciplina que se enseña donde se encuentran los fundamentos de la disciplina que se hace respetar, en la elaboración de los proyectos y en la definición de tareas, donde se hacen emerger, progresivamente, modos de funcionar que estructurarán la clase. Y al hacer respetar, en el tiempo, estos modos de funcionar, se permitirá que los alumnos salgan del mundo de la satisfacción inmediata para entrar en un universo en el que uno se compromete, se construye, se aprende. (Pág. 91).

En fin, un texto que nos hace reflexionar sobre las grandes cuestiones que se plantean en la enseñanza en el mundo actual, pero en un formato amable, sencillo, e incluso, cariñoso con los maestros y las maestras a los cuales, desde una voz cargada de experiencia, les da una calida bienvenida.

Carta a un joven profesor se complementa con una serie de breves entrevistas de maestros noveles que expresan sus vivencias sobre las primeras incursiones en este complejo mundo de la enseñanza, y viene salpicada de citas y textos, una de las cuales no podemos renunciar a reproducir (el lector de esta reseña entenderá por qué):

Está usted mirando hacia fuera, y precisamente esto es lo que ahora no debería hacer. Nadie le puede aconsejar ni ayudar. Nadie... No hay más que un solo remedio: adéntrese en sí mismo. Rainer Maria Rilke. *Cartas a un joven poeta*.

Sobre el autor del libro: Philippe Meireu es un pedagogo con una dilatada experiencia educativa como docente (o *maestro*, como él mismo prefiere denominarse) en diferentes niveles, lo cual le confiere gran autoridad para dirigirse con conocimiento de causas y gran cercanía a los principales protagonistas de la enseñanza. La formación del profesorado y la publicación de obras escritas en las que se recogen sus ideas y vivencias escolares complementan su profesión docente. Entre sus obras en español, destacan: *Aprender, sí: pero cómo* (2002, Octaedro); *Frankenstein educador* (1998, Laertes) y *Referencias para un mundo sin referencias* (2004, Graó). Dispone de un sitio en Internet con numerosos documentos, textos y referencias bibliográficas (<http://www.meirieu.com/>).

Sobre el autor de la reseña: Juan Ramón Jiménez Vicioso es doctor en Ciencias de la Educación y profesor del Departamento de Educación de la Universidad de Huelva (España).

Pertenece al grupo de investigación “Educación, cultura y territorio”. Su correo electrónico es jjimenez@uhu.es

Reseñas Educativas/ Education Review publica reseñas de libros sobre educación de publicación reciente, cubriendo tanto trabajos académicos como prácticas educativas. Todas las informaciones son evaluadas por los editores:

Editor para Español y Portugués

Gustavo E. Fischman

Arizona State University

Editor General (inglés)

Gene V Glass

Arizona State University

Editora de Reseñas Breves (inglés)

Melissa Cast-Brede

University of Nebraska at Omaha

Las reseñas son archivadas y su publicación es divulgada por medio de una listserv (EDREV).

Reseñas Educativas es firmante de la Budapest Open Access Initiative.

